

¡Atrapado!

Lo que voy a contaros no habría pasado de no haber sido por una extraña coincidencia del destino provocada, sin duda alguna, por mi suerte (buena o mala, que cada cual lo juzgue al final del relato). Volví yo a casa después de un día normal, contento de que fuera viernes y de que no tuviera que madrugar la mañana siguiente, cuando me di cuenta de dos hechos que, cada uno por su lado, carecían de importancia.

El primero era que las escaleras de casa estaban recién pintadas, por lo que era obligatorio tomar el ascensor. No me preocupé cuando me di cuenta de ello, porque vivía en el piso nº 13 y rara vez usaba las escaleras. El segundo era que por la puerta del portal acababa de entrar el señor Augustus Limón, acérrimo enemigo de todo lo divertido, agradable y feliz. El señor Limón era el clásico hombre amargado al que nada le producía más placer que amargar a los demás. Odiaba los niños, las golosinas, las fiestas y hasta las obras de caridad. Pero lo que más odiaba era a mí.

Todo empezó porque al excelentísimo Sr. A. Limón le molestó que pusiera la música a todo volumen cuando vinieron mis amigos a casa. Llamó a mi puerta y me dijo que según el artículo 38 sección C de la normativa de la comunidad de vecinos estaba prohibido subir el volumen de altavoces, televisión, radio, etc. a más de 60 decibelios, y que podría ser severamente multado por incumplir la regla. Es bastante comprensible que le cerrara la puerta en las narices a pesar de sus amenazas de denunciarnos. Pero eso no fue lo peor. Le sentó mucho peor que la comunidad de vecinos me diera la razón a mí porque, al no tener un sonómetro, no podía probar que el volumen fuera superior a 60 decibelios. Por desgracia para mí, ese mismo día se compró uno, así que ahora debo de procurar no poner tan alta la música. Así era el Sr. Limón.

Creo que a estas alturas comprenderéis el apuro en el que estaba metido. No tenía más remedio que subir con aquel amable señor en el ascensor. Me armé de valor y entré en el ascensor con él. Le saludé con una tímida sonrisa, intentando parecer amable, pero la expresión con la que me dirigió la mirada me hizo desistir de nuevos intentos de acercamiento. No había olvidado lo ocurrido, y nunca lo haría.

—Por suerte, el viaje es corto —pensé, optimista.

Pero justo en ese momento, el ascensor se detuvo con un horrible chirrido. Esperé pacientemente a que la puerta se abriera, pero no lo hizo. Estaba atrapado. Pero por suerte (o por desgracia), no estaba solo.

—¡Maldición! —aulló el Sr. Limón.

—No se ponga nervioso, que no ganaremos nada —le dije—. Déle al botón de alarma.

—Chaval, ten cuidado conmigo —me advirtió amenazadoramente. Pero me hizo caso.

Sin embargo, la alarma no quería funcionar. Ambos nos dimos cuenta de que tendríamos que esperar un buen rato hasta que alguien se dignara rescatarnos. Para mí fue un terrible shock, y creo que para él también. Pero me rehice, y decidí que, ya que iba a pasar varias horas atrapado con el Sr. Limón, podría aprovechar para intentar reconciliarnos. Así que probé a intentar entablar una conversación.

—¿Le apetece un caramelo... —le pregunté mientras revisaba mis bolsillos— de limón?

—Se creará muy gracioso, pero le aseguro que su chistecillo no ha tenido ninguna gracia —sus ojos echaban chispas de ira—. No me gustan los caramelos *de limón* —pronunció las dos últimas palabras con más odio de lo habitual.

—¡Cáspita! —pensé—. No me había percatado de lo que había dicho. Menuda metedura de pata. Aunque la verdad era que ese chiste involuntario tenía su gracia. Era una lástima que no se me hubiera ocurrido en otra ocasión.

Sin embargo, no por ello cejé en mi empeño. Decidí que esta era la única oportunidad que iba a tener para reconciliarme con él y volví a la carga.

—¡Qué buen día hace! —exclamé, intentando parecer alegre—. ¿No le parece, señor?

—Me parece que hace un día fantástico para pasarlo encerrado en un ascensor con alguien como tú —replicó, mordaz.

Entonces me di cuenta de que aquello no iba a ser tan fácil. El sr. Limón era duro, pero tenía que demostrarle que yo lo era más. Así que, no sin un gran esfuerzo, volví a la carga.

—¿Vio usted ese documental que dieron ayer en la tele, ese sobre historia? —le pregunté, recordando haber oído en algún lado que le gustaban los documentales.

—Sí —contestó, medio gruñendo.

—A mí me gustó mucho —dije, intentando ganarme su favor.

—Era uno de los peores documentales que he visto nunca —replicó—. Aunque, precisamente por eso, no me extraña mucho que te haya gustado. Ya imaginaba que no sabrías distinguir un buen documental de esa basura.

Ese amable comentario suyo me dejó estupefacto. No había creído que ninguna persona pudiera ser tan desagradable. Había subestimado su odio hacia mí, y nunca se debe subestimar a tu oponente. Es uno de los errores más garrafales que se pueden cometer en una situación como esa. El problema era que no me sentía capaz de volver a intentarlo. El señor Limón había conseguido su objetivo: me había derrotado.

A este último intento de conversación le siguió un largo y espeso silencio. Yo no tenía fuerzas para decir nada, y mi acompañante le daba igual que no habláramos. Fue entonces cuando, al hurgar dentro de mi mochila, descubrí mi móvil. Podía haberme sacado del apuro, pero a verdad era que ni se me había pasado por la cabeza usarlo, porque, al ser un patatéfono (último grito hace diez años), no me gustaba mucho utilizarlo. Lo peor era que el señor Limón iba a pensar que era tonto de remate (sus motivos tenía), pero poco me importaba eso ya.

Cuando lo saqué, el señor Limón me miró con cara de “este niño es idiota”, una de las caras que mejor le salían. Le ignoré y encendí el móvil. Quiso la fortuna, que en esta ocasión sí que me fue favorable, que en ese preciso instante mi móvil empezara a sonar. La melodía era de los Beatles, mi grupo favorito desde pequeño. Cogí el teléfono, y no me sorprendí mucho cuando vi que era mi madre:

—No te preocupes, mamá, que no ha pasado nada grave —le dije, intentando tranquilizarla—. Me he quedado atrapado en el ascensor, eso es todo.

—¿Cómo que no pasa nada porque te hayas quedado atrapado en el ascensor? — chilló ella.

—¡Pero si estoy bien! Además, no estoy sólo. El sr. Limón está conmigo.

—Menos mal —dijo ella—. No te preocupes, que ahora llamo a la policía, a los bomberos, a la ambulancia...

—Todos tienen el mismo número de teléfono, mamá —la corté.

—¿Y eso qué más da? —dijo— Lo importante es que te saquen de ahí cuanto antes.

— Gracias, mamá.

Así acabó la conversación. Apagué el móvil y volví a introducirlo en la mochila. Me sentía totalmente avergonzado. Iba a pedirle disculpas al sr. Limón cuando descubrí que tenía la mirada fija en mí.

—Así que te gustan los Beatles —dijo, más amablemente de lo normal.

—Sí —contesté—. Cuando era pequeño mi padre siempre ponía sus canciones. Le encantaban. No recuerdo ningún viaje en coche sin su compañía. Con el tiempo, me hice un gran fan suyo.

—Debes saber que yo soy uno de sus mayores fans desde antes de que fueran tan famosos —dijo, con la voz teñida de añoranza—. Su música es lo único que me alegra desde que mi esposa murió.

Casi sentía pena por él. En el fondo no era más que alguien que no tenía nadie con quien hablar ni reír. Así que me atreví a contarle algo que ni siquiera mis amigos sabían.

—Mi padre tiene una gran colección de discos de vinilo, ¿sabe? Creo que entre ellos hay varios de los Beatles. Si le parece bien, algún día podría pasarse y los escuchamos juntos.

—No querría molestaros por algo tan absurdo —dijo. Pero su mirada expresaba justo lo contrario.

—No se preocupe por eso—insistí—. No será ninguna molestia.

—Muchas gracias. La verdad es que, en el fondo, eres un chaval muy majo.

—Y usted en, el fondo, no es tan borde como parecía.

—¿Sabes lo que me apetecería ahora, chaval? —me preguntó con una sonrisa—. Un caramelo de limón —y se empezó a reír.

Era la primera vez que le veía reírse en varios años. Además, su risa era muy contagiosa, y el chiste tenía su gracia, así que, antes de darme cuenta, estaba riéndome yo también con él. Cuando por fin nos calmamos pudimos oír que alguien nos llamaba. Eran los bomberos, que, alertados por mi madre, venían a sacarnos de allí.